

Graciela Scarlatto

Graciela Scarlatto



Capítulo 1

Graciela Scarlatto nació en Mendoza, en 1963. Es narradora, poeta y artista plástica. Dirige el portal de cultura AUSALON. Desde el año 2000 reside en Buenos Aires, donde realiza actividades relacionadas con la cultura y la literatura en la editorial Artnovela.

- Twitter:
- Facebook:
- Blog:

Capítulo 2

Miró alrededor. La casa estaba oscura?

¿Por qué no bailan?, RAYMOND CARVER

El chiflado que nos vendió los muebles se apareció en el departamento, un día.

Lo conocimos un verano. Había tirado la casa por la ventana y todos los muebles estaban amontonados en el jardín, para venderlos en pleno barrio de Flores.

Paramos el Fiat por curiosidad y porque eran buenos muebles, y acabamos comprando la cama y un escritorio. Aquél día tomamos whisky en su jardín y bailamos y nos emborrachamos con él. Después nos regaló un Winco y una caja con discos. Y cuando Ariel se cansó de toda esa gilada, ató las cosas a la parrilla del auto y no lo vimos nunca más. Hasta que un día apareció en el departamento.

Tocó un par de timbrazos y esperó. Vestía de sport, bastante bien, pero tenía ojeras y una barba de tres días. Dejé la puerta con la cadena puesta.

—No sé si te acordás de mí —dijo—. Vos y tu novio me compraron unos muebles.

No quise que entrara. Cuando Ariel era de la Federal jorobaba todo el tiempo con el asunto de los extraños. Contesté:

—Por supuesto que me acuerdo.

El tipo se recargó en la pared del palier y habló en tono confidencial.

—Te vas a reir —dijo—. Pero hace mucho tiempo que extraño esos discos. ¿Todavía los tenés?

Yo los había guardado en alguna parte. Contesté que sí con la cabeza. Él insistió:

—Te juro, no es que sean buenos discos, pero los extraño. —Se acercó a la puerta—. Cambiás de ciudad, vendés todo, y lo único que lamentás es haber perdido unos estúpidos discos. ¿Puedo pasar?

Sonreí, pero protesté:

—Mi marido quiere conservar esos discos.

El tipo llevaba un maletín y una bolsa de plástico. Dejó el maletín en el suelo y extendió la bolsa hasta la puerta entornada.

—Les traje un regalo— dijo.

El paquete no pasaba por la abertura y tuve que sacar la cadena. Me quedé con la bolsa un rato en la mano, y después miré adentro y vi que había un paquete con un moñito rojo demasiado grande para el tamaño del regalo. Me gustó. Fui hasta la mesa y rasgué el papel del envoltorio. Él entró en el departamento y esperó a que abriera el paquete.

Me sorprendí: Era una caja de Chivas.

—No está mal —agradecí.

Esaba parado ahí, en tensión, como esos tipos que se quedan duros cuando una les echa "flí". O no.

—Ariel está por llegar —aclaré enroscándome el pelo en la punta del dedo, algo que hago siempre que estoy nerviosa—. Tal vez quiera devolverle los discos.

Tomó una silla y se sentó estirando las piernas. Metió la mano en el bolsillo y dejó la billetera arriba del neolite.

—No, no —dijo—. Quiero comprárselos. ¿No tenés alguno por ahí, para escucharlo? —Dió unas palmadas en la mesa sugiriendo que me sentara. Comentó: "Me gustó bailar con vos, esa noche."

Me quedé parada, sujetando el respaldo de la silla. Pregunté:

—¿Cómo nos encontró?

La puerta de calle estaba abierta.

—Por el cheque que me dio tu marido —contestó—. Miraba la decoración del departamento: la mesa ratona de mimbre, el aparato de música y los cassetes— ¡Ahí está el cachivache ese! —se sorprendió—. ¿Todavía funciona?

Se refería al Winco que nos había regalado junto con los discos.

—Ariel lo usa a veces —mencioné.

Caminé hasta la mesa ratona pero no encontré ningún disco. Me pareció haber guardado la caja en el valijero del placard. Vender todo eso nos venía muy bien porque Ariel estaba desocupado. Le advertí:

—Voy a buscar la caja para que los vea.

Fuí al dormitorio y puse una silla enfrente del placard. Abrí la baulera. La caja estaba arriba de las frazadas. Me estiré y la arrastré con la punta de los dedos, apurada porque quería hacer todo antes de que llegara Ariel. Sentí un riudo en el comedor, pero no le dí importancia. Cuando la caja estuvo en el borde la sujeté con el brazo y salté de la silla.

El tipo estaba en el dormitorio.

Se acercó a la cama y hundió la mano abierta en el colchón. Sin mirarme, dijo:

—Buena, eh. ¿Les dió resultado?

Qué podía decir.

Para llegar a la puerta y salir del dormitorio tenía que pasar entre la cama y el hombre, ahí parado. Dejé la caja sobre la colcha. Él la tomó con las dos manos y se sentó con un pié apoyado en el colchón. Apenas si examinó el contenido. Yo entonces caminé hasta los pies de la cama.

—Vamos al comedor —pedí.

—No. Vení sentate .—Estiró una mano—. Te voy a contar por qué los extraño.

—No —repetí— Vamos. —Pero me quedé en la habitación. Él sacó una portada de una tal Simone. La puso sobre sus piernas.

—Lo malo de ser viajante es que no estás nunca. —Hizo una pausa. Me pareció que le faltaban palabras y las leía en las letras de mi remera—.

Cuando Adela se fue, cuando "mi ex", en realidad, se las tomó, me enfurecí tanto que vendí todo y me mandé a cambiar ese mismo día. ¿Uno se enoja así a veces, no?

Me encogí de hombros. Areli pateaba los muebles y desaparecía dos días.

Me senté junto a él y crucé las piernas. El hombre dijo:

—No guardé nada, ni siquiera las alianzas. —Dejó la portada arriba de la cama y sacó otro disco, de alguien que no conozco—. Pero conservé unas cajas con papeles y cosas de los chicos. Pavadas —dijo—. Y un día, revisando todo eso, apareció una libreta de Adela. Una libretita —separó el índice del pulgar y hundió la cabeza en los hombros—. Estaba escondida en una cartuchera vieja de los pibes. Ella era así, lo escondía todo. Lo que sentía también lo escondía.

Podía ser cierto. Con Ariel, cuando limpiamos el escritorio que compramos aquél día, encontramos sobres pegados a la parte de atrás de los cajones, con fotos viejas, y había un billete de cincuenta pesos dentro del travesaño de la cama. “Mirá si un chorro no va a revisar ahí”, se burlaba Ariel.

El tipo siguió contanto, con el brazo estirado y apoyado en la colcha:

—Y cuando leí la libretita, muchas veces, de un tirón, una y otra vez; cuando la leí... —Se quedó en suspenso mirándome, y después dijo—: Me pregunté si yo no era un mal bicho. —Bajó la cabeza, pero me pareció que sonreía. —Cuando la empecé a extrañar ya no había caso: se juntó hace unos meses con un arquitecto de San Juan.

Ariel había llegado y estaba caminando en el living.

—¿Tere? —llamó.

Aunque no estaba segura de creerle, estiré la mano y la dejé un momento sobre el brazo de aquél hombre.

—¡Vení acá! —gritó Ariel—. ¡Dejaste la puerta abierta! ¡Imbécil!

Yo me avergoncé y el tipo se levantó y tomó la caja consigo.

—Así que ahora sólo puedo extrañar los discos —dijo. Esperé a que saliera del dormitorio y lo seguí hasta el comedor.

Ariel, al principio, puso esa cara. Pero después no parecía sorprendido. Se lo tomó con mucha calma, al contrario de como es él.

Al tipo no le dio la mano. Yo mientras tanto expliqué él que quería recuperar sus discos. Que estábamos en el dormitorio, sobre todo, para buscar los discos.

Nos sentamos otra vez a la mesa del living. Ari me escuchaba con la barbilla en la mano izquierda, haciéndose el canchero. Después lo encaró al tipo y cruzó los brazos. Mintió:

—Me gustan mucho esos discos.

El tipo se hizo para adelante y apoyó el antebrazo en la mesa.

—Te doy cien dólares —ofreció—. Y doscientos más por el Winco.

Me quedé dura. ¿Trescientos dólares?

Ariel negó con la cabeza en la barbilla. El tipo se impacientó. Preguntó:

—¿Cuánto querés?

Entonces Ari se respaldó y apoyó las palmas sobre la mesa. —No menos de un quinientos —dijo—. En efectivo.

El tipo tomó la cartera, la abrió y contó los billetes arriba de la mesa: cien, doscientos, trescientos... Llegó a cuatrocientos y guardó el resto en la billetera. Ariel lo miró y no se movió; y entonces el tipo dejó cincuenta más. Avisó:

—Lo agarrás o te jodés.

Ariel guardó el dinero en el bolsillo del pantalón. Después me mandó a poner el Winco en una bolsa del supermercado. Yo no encontraba ninguna. ¡Y dale!, dijo. Tuve el impulso de esconder algo en el paquete, una "libretita". Cuando le pasé el bulto a Ari dejó el combinado arriba de la caja y extendió el brazo, para que el hombre tomara sus cosas. El tipo agarró todo y caminó hasta la puerta. Comenté:

—Gracias por el whisky.

Sonreí y me humedecí los labios.

—¡Vos calladita! —dijo Ariel.

El tipo asintió con la cabeza y nos dijo a los dos —pero me miró a mí sola—:

—Cuídense.

Cuando el hombre se fué, Ari tenía esa cara otra vez y los puños afirmados en la mesa, con los nudillos blancos. Fui a cerrar la puerta. Arrugué el papel de regalo y lo tiré a la basura, pero escondí el moñito rojo en un cajón.

Capítulo 3 Se ha puesto el fierro a la cintura y se siente canchero, entre Clint Eastwood y Elliot Ness.

Lo mandaron a trabajar de soplón en el bufé de Abogacía, pero él prefiere el boliche de la villa, que siempre se llena con los pibes de Filosofía y Letras.

Cuando no puede dormir, la Vaca reconoce que le gustaría entreverarse a los cuetazos en la Facultad. En la Fuerza, sin embargo, todos opinan que su misión es muy modesta: Mario Ortivera, a Vaca, trabaja ordeñando boliches, teatros, uniones vecinales y aulas de la ciudad.

"Café, nomás", le dice a Rosa cuando ella viene con la bandeja.

El bar está en el asentamiento Esperanza, a dos cuadras de la ciudad universitaria. Ese día en el Five Star Five hay poca gente. Dos muchachos con bolsos Adidas cuentan sus ganancias en una mesa del fondo. Venden estéreos robados y cosas así. La Vaca ya los tiene identificados hace un buen rato: el rubio melenucho lava autos en el estacionamiento de la universidad y el morocho hace que va a la escuela, pero secuestra billeteras en San Martín y Rioja. Qué lindo tocarse la culata del fierro mirando a los pibes, piensa la Vaca. Pero ahora ya no son esos tiempos, le han dicho. En la puerta del bar, una vieja canta tangos por monedas. "Todo el mundo está en la estufa, triste, amargao y sin garufa, neurasténico y cortao...".

La Vaca estira las piernas por debajo de la mesa y mira el pastito de la ciudad universitaria. Putea bajo porque la cinta adhesiva le tironea los pelos del pecho: lleva dos kilos y medio de equipo. Por el caminito de Ciencias Políticas viene bajando el grupo de la mañana: dos

chicos que estudian Historia y la rubiecita de Filosofía. Pajarones, piensa la Vaca. Hace seis meses que egresó de la Fuerza y tres que está dejándose crecer el pelo.

—Como te tiene esa rubia —dice Rosa, sirviendo el café—. Pero no te da ni cinco de corte, che.

La chica se pasea en minifalda por el caminito de Ciencias Políticas.

—Eso es lo que vos pensás —dice la Vaca sacando pecho.

Mientras habla, Rosa supervisa a la vieja que canta en la puerta. Está sacando la escupidera que ha elegido para juntar las monedas. Tienen un arreglo: Rosa averigua los chimentos del barrio y la vieja los pregona a quién quiera interesarse en la puerta. Una de dos, piensa Rosa, o bien liga unos mangos o se gana una paliza. Sin embargo, hasta ahora, todo el mundo puso su monedita a tiempo.

—Me debés diez pesos fuertes —dice Rosa, antes de obsequiarle el vasito con agua a la Vaca.

Los chicos de la Facultad entran a los empujones, llevándose a la vieja por delante. Un grupo se sienta a la mesa del melenudo. Puta que te parió, dice la vieja. ¿Tenés monedas, pendeja? La chica deposita unos centavos en la escupidera y también se sienta con el melenudo. "Cuando vengas para el centro, caminá junando el suelo, canta la vieja, arrastrando los fanguyos y arrimada a la paré..." Por esas cosas de la vida, los pibes de la mesa invitan a la Vaca una cerveza.

—Qué hacés, Marito —dice uno de los chicos acercándole una silla—. Tomate una birra.

La Vaca se acerca a la mesa y se sienta. El melenudo tiene la sonrisa torcida. Dice:

—¿Te fue para el culo en las elecciones? Ya vas a ligar un cargo, Marito; no te pongas triste.

—¿De consejero en impotencia sexual? —Dice uno de los chicos.

Los otros sueltan una carcajada, pero a La Vaca no le importa. Quiere saber cuándo es la próxima asamblea, meterse en el grupo de los radicalizados de Letras y acostarse con Lucía. Ahora ella se ríe. Sabe que la Vaca no tiene buen humor. Le pregunta al melenudo del bolso:

—¿Me trajiste el estéreo?

—¿Cómo? —Dice el melenudo—. Sony, mamita. De lo mejor que hay.

El melenudo lleva una musculosa roja y un cortaplumas en el cinturón. La Vaca no ha dejado de mirarlo, y aunque ya pasó el momento, retoma la conversación anterior:

—Me nombraron consejero estudiantil —dice. Después se interesa por el estéreo que el melenudo ha puesto sobre la mesa— :¿A verlo?

El melenudo dice que además tiene un JVC y que se lo deja barato. La Vaca no contesta. Siente un tirón en la tetilla izquierda: los pelos del pecho se están

pegoteando a la cinta adhesiva y el sudor se le escurre entre la piel y el equipo. Hoy espera llevarse el nombre del chico que publica los volantes del centro estudiantil y, lo más importante, quiere bajar de un cuetazo al melenudo que se acuesta con Lucía.

—Me gusta éste —dice la Vaca—. ¿Van a la asamblea del viernes?

—Este estéreo es mío —dice Lucía. Se lo quita de las manos y después aproxima el mentón al oído de La Vaca. Parece que va hablar en secreto, pero todos la escuchan— ¡Te pusiste perfume de mujer!

Las carcajadas se generalizan. La Vaca vuelve a ensayar una sonrisa, pero esta vez no le sale tan bien. En el último segundo decide no acobardarse y pasa una mano por la rodilla de Lucía. "Hoy un juramento, mañana una traición..." canta la vieja desde la puerta.

—Salí —dice Lucía, apartándolo.

La noche anterior habían estado juntos en el auto, pero Mario no pudo concentrarse. Estuvo interrogándola hasta las tres de la mañana. ¿Por qué no estaba en casa cuando le telefoneaba? ¿Por qué ese repentino olor a cigarrillos, si ella nunca fuma? ¿Por qué últimamente salía media hora antes de la clase de Filosofía?

—Franco —dice Lucía, hablándole al melenudo— mi papá quiere comprar una tele a color. Pero si es robada, dice que quiere precios mayoristas.

El melenudo aparta la idea con el dorso de la mano. Ella se ha acercado mucho a él para hacer el

comentario. Entonces Franco pasa el brazo por el respaldo de la silla, recargando todo el cuerpo sobre el hombro de Lucía. Ahora prende un cigarrillo, lo chupa y se lo pasa. Dice:

—Tengo muchos televisores en el depósito. ¿No querés venir a ver?

—¿Adónde? —quiere saber la Vaca.

Franco no contesta.

—Yo también voy —dice la Vaca.

—No jodás, Mario, por favor —dice Lucía.

—¿Y qué? —Dice la Vaca—. ¿Te vas a meter con este a al asentamiento?

Los chicos de Letras se codean por encima de la mesa. Uno dice:

—¡Cómo te cuida este gil, Lucy!

—Pelotudo, —dice la Vaca sujetando al pibe por la camisa. Está pensando en el revólver que lleva a la cintura. Ve otra vez una boca chorreando agua y baba durante los ejercicios. Ninguno de estos maricas aguantaría un "submarino" ni treinta segundos.

Los demás se han quedado un poco fríos. Nadie esperaba esa reacción.

—Pelotudo vos —dice Lucía— ¿Te pensás que sos mi viejo? Todo el día deatrás mío, andás. Vigilando.—Se ha reclinado contra el brazo del melenudo, chupando el

Parissien que le han encendido.

La Vaca suelta la camisa del otro chico, pero está furioso. Nunca traés un nombre importante, le han dicho. Volvés seco hace meses, le han vuelto a decir apenas ayer. Ahora sí que van a ver en la Fuerza. Ahora él les va a llevar un nombre. Con los ojos fijos en el escote de Lucía, dice:

—Qué puta que sos.

Entonces el melenudo se levanta y acierta una trompada en los dientes de La Vaca. El golpe es tan fuerte que la silla se hamaca hacia atrás y Mario tiene que hacer equilibrio para no caerse de espaldas, pero se va al piso de todas maneras. Los demás están un poco sorprendidos pero se ríen. Les hace gracia ver a Marito así, con las piernas levantadas como un gato panza arriba. Paren, paren, dice Rosa que ha largado la bandeja y viene a los apurones. No me rompan el boliche. ¿Tenés monedas? dice la vieja desde la puerta. "...telón azul del suburbio, donde se juega el disturbio...". Ha empezado a orinarse en los calzones como hace siempre que tiene miedo, pero canta que es una maravilla.

—Ya está, no pasó nada —dicen los chicos de Letras—. Vení, Mario. No te calentés.

—¡Mírenlo a Marito haciendo el salame! —Uno de los chicos lo toma de la camisa para levantarlo y siente los cables, el micrófono y el grabador sobre la tetilla izquierda de La Vaca, que no se mueve en lo absoluto. —Qué te pusiste, ¿corpiño? —dice el chico. Pero la Vaca está roja, y se ha quedado como muerta.

No le costaría nada sacar el fierro de atrás de la cintura. Le gustaría mucho, incluso. No te mandés una cagada, Marito. Y se la manda. Rosa tira las copas al suelo y Lucía retrocede dos pasos. Franco también se lleva la mano a la cintura. Entonces uno de los chicos de Letras dice botón, sos un policía, ibotonazo! y lo escupe. La Vaca saca el seguro del revólver, pero se distrae esquivando el salivazo y la cortaplumas de Franco se le entierra en el ojo derecho. Nadie vio la mano del melenudo ni el brillo plateado de la hoja hasta un segundo antes de que estuviera bien adentro de la retina de Mario. Ha dejado caer el fierro, pero se queda perplejo, algo izado de la cintura hacia arriba, hasta que toda la escena del bar se le afloja en las vértebras y se desparrama en el piso.

—Mándense a cambiar —dice Rosa tomando cartas en el asunto y guardándose los cables y el grabador en el delantal. —Yo y la vieja limpiamos todo. ¿Tenés monedas? "La ñata contra el vidrio, en un azul de frío..."

Nadie ha vuelto al Five Satar Five en muchos meses. Y la policía ha estado haciendo investigaciones. En el barrio se comenta que por unos días estará todo más apagado y más triste: las mujeres del asentamiento suspenderán la organización de la huerta, y las familias de los universitarios no podrán renovar sus equipos electrónicos. La única que disfruta el incidente, según parece, es la vieja. Sigue pidiendo monedas como antes en la puerta de otro bar. Y aunque ya no conversa con Rosa, ni tampoco puede hacer negocios con El Zorro, se ha quedado con el grabador.

Hay que ver ahora, dicen, icómo canta la vieja con el acompañamiento nuevo de música!

/p

Capítulo 4

El pub se llama Rênal y son las tres de la mañana. Lo obvio es que estoy borracho, lo gracioso es que me falta la billetera y lo paradójico es que me he puesto a pensar en Marina nada menos que en este pub que se llama Rênal.

Pero empecemos de nuevo. ¿Les dije la hora? Mejor un paneo liviano para situarlos. Para empezar no se ve un carajo. De manera que el paneo, pero en fin. La barra a la derecha. Los tipos que la frecuentan pueden ser de cuatro a ocho dado que adhiero a los múltiplos de dos en las inmediaciones del medio litro. Barrido en primer plano, despacio. Es evidente que todos tienen cara de estúpidos. A continuación las mesas. Vacías a excepción de unas pocas entre las que yo me destaco bastante. Semi desparramado pero no curda, más bien canchero: el brazo en el respaldo de la silla, piernas estiradas, vaso en la mano. Un dado de hielo descompone la luz roja de un spot y a través de esa amalgama yo miro con un ojo a la cantante. En realidad no veo mayormente nada pero hay clima en ese gesto. La tipa que canta tiene un aire a Janis Joplin pero es fea, de manera que a ésta no se le puede perdonar que desafine. Ojos más bien rojos a juzgar primero por el hielo, después por el whisky y así hasta llegar al spot. Entre el vidrio del vaso y el spot hay solamente humo. Después de un rato uno descubre que la cantante es linda, pero como ya se ha roto el encanto visual, el ícono estereotipado de la belleza estereotipada, no se le puede disculpar que cante mal aunque sea linda. Mesa de al lado pareja de batracios según se desprende de la hiperactividad lingual evidente. En una de esas, el mozo también se queda pegado como un insecto y entonces ellos piden Bloody Mary.

¿Algo más? La historia de la billetera, claro. Y también un cuento alucinante de canas y de putas donde revientan a un salame. Pero el caso es que el pub se llama Rênal y entonces yo me pongo a pensar en la Flaca por antonimia pura. Ahora anoto en una servilleta: ficha biográfico-psicológica de María Ignacia Bernaola, alias Marina. ¿Cómo eran tus tetas? No tengo la menor idea y sin embargo te metiste en mi cama y yo te disfruté y hasta te pinté, mirándote posar horas enteras con un saxo entre las piernas. Escribo: María Ignacia Bernaola. Marina. Escribo muchas veces Marina y lo que obtengo es una especie de atmósfera vital y loca. —¿Cómo eran tus tetas?— Para empezar, a ella le gustaba contar una historia de genética castrense según la cual el padre había sido general en Córdoba. Otras veces era apenas un sargento, pero de cualquier manera la había corrido a escopetazos cuando supo del aborto. Sin embargo, lo más probable es que Marina se haya rajado violentamente porque sí, como todo lo que hacía; porque se le daba la real gana abandonando a un par de viejos acongojados en Córdoba que a veces, cuando ella se dejaba llevar por el porro y las confidencias, se revelaban en Mina Clavero, donde el padre algo así como un sastre.

Pero no es eso. No es eso. Y si estoy pensando en Marina no es en Eso en lo que estoy pensando. Escribo: no sé. Pensar en vos es como un sabor. Una especie de alegría que pica terriblemente en el estómago. Me acuerdo de Odradek. De memoria me acuerdo porque te lo leí muchas veces para que te murieras de risa y me decías bobo. Aparato, me decías. Y yo te leía a Kafka alucinado desde esa forma tuya de ser que no admitía perímetros o límites. Odradek, leía. Y ahora escribo "es extraordinariamente movedizo y no se deja

apresar. Puede estar en el cielo raso o en el hueco de la escalera" aunque vos preferías el puente Sarmiento y los bares de Medrano. Después me fui enterando que lo tuyo no era realmente un trabajo fijo, y que además preparabas alumnos en matemáticas y hasta cocinabas buñuelos para el bar del Ruso, que te pagaba una barbaridad sólo para verte, porque era un hecho que no te ibas a meter en su cama. ¿Y cómo eran tus tetas? ¿Cómo eras vos, decíme? Si todo esto no es más que un rodeo. Dar bastonazos de ciego para traerte cuando sería tan fácil qué, ¿tu habitación de la calle Urquiza? Pero empecemos de nuevo. Arrugo la servilleta y escribo en otra nueva: María Ignacia. Algunas noches hace relaciones públicas en los bares del puente Sarmiento. Prepara alumnos en matemáticas y cocina buñuelos perfectamente asquerosos. Tiene un gato. Se metió en mi cama y en por lo menos otras muchas porque sí. Pero no es puta. Tampoco es inocente. No tiene códigos. Ni leyes. Ni normas. Considera absurdo todo aquello de útil que se le adjudica a las buenas costumbres porque puede sobrevivir sin esos beneficios. Es una máquina de vivir. Una extraterrestre. Tan absolutamente franca que se la podría tomar por una hipócrita.

A esta altura pienso "no hay caso". Tacho lo anterior y me pongo a hacer un dibujo en el mantel. La cantante desafina Cry baby y yo garabateo el puente Sarmiento. Una rubia se me acerca y dice ¿me dejás que me siente acá? Le contesto que no. Tiene algo así como diecinueve. Pelo largo. Campera de cuero encima de lo que podría ser nada más que un corpiño. No hay onda, le digo, otro día. Ella dice te invito una cerveza y se sienta como si alguien le hubiera dado permiso. Es linda y se tiene confianza. Piensa que todo es divertido. Yo le aconsejo que se busque un péndex y le informo

que estoy en la edad de los colmillos. Entonces se ríe y uno piensa que ha ensayado mil veces ese gesto en la facultad, jugando con las amigas en el espejo del baño.

Es una nena y quiere saber si la voy a morder. Mira todo el tiempo a la barra para llamar al mozo y creo que hasta sería capaz de pagar la cuenta. Nada más que para salvarla le digo mirá, te voy a manosear todo el tiempo las tetas.

—Imbécil —dice ella.

—Boluda —digo yo, y me da un poco de lástima porque se va humillada. Moviendo el trasero para indicar lo que uno ha tenido el coraje de despreciar.

Y si la vieras. Tiene esos culos especiales para lucir en una moto y aires de suficiencia. Y fijate que no podría haber sido más oportuna esa chiquita porque en cierta forma se parece a todas. A Clara se parece, ya que estamos. Y me ayuda a definirte si es que caben definiciones porque entonces agarro otra servilleta y escribo ejemplos. Escribo: 1º) Clara se acuesta con Julio, conmigo y con Luisa en el departamento. Marina ídem, pero en la habitación de la calle Urquiza.

Conductas: a) Clara opina de sí misma que es una transgresora. Marina no opina en lo más mínimo y simplemente lo disfruta. b) Clara destaca la importancia de capitalizar experiencias sexuales múltiples como reacción a una educación de tipo castradora. Marina lo disfruta. c) Clara dice que la sexualidad, entre otras cosas, es un canal shamánico-subliminal del inconsciente. Marina no dice nada y lo vuelve a disfrutar. 2º) Clara se siente controlada, detesta a su madre y se psicoanaliza. Marina adora terriblemente al sastre pero se raja olímpicamente. Conductas: a) Clara se banca a la vieja y al psiquiatra con la esperanza de

enganchar un BMW en primeras nupcias. Marina le da un beso al sastre y se las toma sin un mango a la deriva. b) Clara estudia sociología y se aburre terriblemente. Marina prepara alumnos en matemáticas, trabaja en un boliche del puente Sarmiento y hace buñuelos de crema pastelera. ¿Resultado? Vuelvo a leer. Me río.

Pienso en el fondo esto es una apología de la desvergüenza. Y sin embargo no, Marina. No es eso. No es que vayas por ahí haciendo desastres con tu vida y yo te defienda. En el fondo es otra cosa. En el fondo escribo que a "mí" me da vergüenza. ¿Y vergüenza por qué? Pero es difícil. Cómo explicarte que hay un momento en el que empezás a sospechar que las cosas, no sé. Esa nena de recién, por ejemplo, a lo mejor se hubiera hecho la ofendida si esta noche la tomaba impiadosamente por detrás, y sin embargo dentro de unos días ya no es lo mismo. ¿Y por qué no es lo mismo, escribo, a ver? Pero en unos días la habremos llevado al cine y le habremos comprado chocolates antes de darla vuelta en la cama como dios manda. Y lo peor es que ella va a pensar que así está bien. ¿Entendés? Y entonces descubrís que de alguna manera todos ponemos el traste mientras decimos pero qué bien, che, mirá cómo habla ese tipo. O peor, porque devenimos sátiros de modales aceptables. Y como son tan aceptables nos ofrecen un culo que esta vez sí disfrutaremos a fondo, mientras ejecutamos el civilizado gesto de ajustarnos la corbata. ¿Vos entendés eso, Marina? Que nos pasemos la vida o aplaudiendo o cogiendo a otros. Pero si es muy comprensible porque no se entiende un mundo en el que todos sean como vos. Quiero decir puros en el sentido edénico del término. Y por eso uno acepta las cosas como son. Se inscribe. Se acomoda. Vive y manda todo al carajo a

condición de sobrevivir un poco. Pero de golpe aparecés vos y hay como una vergüenza que no te podría explicar. Unas ganas de revolverte el pelo, o de aplaudirte, o de besarte en la nariz... Y al mismo tiempo saber que no se puede. Que te dejamos existir porque sos numéricamente inofensiva. Que ángeles como vos aparecen de vez en cuando, pero apenas son espejos de una realidad virtual. Dan ganas de matarte, mirá. De bajarte la risa de una trompada porque de golpe la civilización tiene nariz de Pinocho, parece que dijeras. A lo que sigue tu risa como si fuera la última. Gran carcajada de Marina que siempre se ríe como los chicos, atragantándose hasta que por fin termina por dolerle el estómago. Y por eso uno te insulta a gritos. O te envidia. O te desea, mientras vos perpetrás buñuelos sólo para ver cómo el Lenteja se retuerce de líbido incandescente.

Marina. Cómo arde tu alegría en el estómago. Cómo cuesta hablar de vos. Bajar la cabeza. Avergonzarse de ser siempre el señor que aplaude, o peor; de querer ser a toda costa el que se arregla la corbata. ¿Y cómo eran tus tetas, decíme? No tengo la menor idea porque aunque te disfruté y hasta te pinté, mirándote posar horas enteras con un saxo entre las piernas, al final siempre decantaba otra cosa además de los cuerpos. Tu eros con la vida, y esa especie de alegría tuya como hilos de colores. Consistencia de estrella. Maderita. Zorro bebé. Y entonces no sé como eran tus pechos. No me acuerdo. No eran importantes excepto algo como una atmósfera creciéndome adentro. ¿Cómo te llamás?, le preguntan. Odradek, dice. Y yo escribo como Kafka que no le hace mal a nadie, pero que la idea de que pueda sobrevivirme es casi dolorosa para mí. Porque eso es seguro, Marina. Me vas a sobrevivir en el puente o durmiendo conmigo. Haciendo crema pastelera.

Leyendo a Neruda. Dándole el biberón a tu gato. Y yo escribo que es por tu modo de vivir, pero en realidad es el mío. Montones de Sorel y madames Rênal. ¿Te imaginás? Dando tumbos por ahí. Desesperados. Viviendo de qué manera. Y es divertido porque todavía podría contarte algo gracioso para que te rías un poco.

Si supieras cómo se llama este pub, Marina. Y que además no tengo un mango porque no sé cómo se me perdió la billetera aunque lo mismo entré a este sitio por casualidad; y entonces dentro de un rato va a venir el mozo y me va a querer cobrar y ni siquiera está la rubia, carajo. Apenas un montón de estúpidos que miran por la ventana y el mozo que va a venir y me va a pedir «Boletos». ¿Cómo boletos? «Bo-le-tos», exige el mozo. No voy en tren voy en avión, canta Janis Joplin. Y entonces yo pienso "skip", y digo paren esto, che.

Me bajo en la próxima esquina.

Capítulo 5

“Me he convertido otra vez en el viajero sin boleto que era a los siete años”.

Jean P. Sastre, **Las palabras**

I

La distancia más corta entre dos puntos no es una recta, sino el infierno o el hotel Montevideo. Es verdad que a esta altura de las circunstancias resulta difícil decidir. Por el momento, un tren. Hay un tipo que va y viene pidiéndonos boletos:

—¿Boletos? —dice el tipo.

Le confieso que no tengo.

—Si no tiene boletos, se baja en cualquier parte.

La Dormida no es precisamente Cualquier Parte, sino un pueblo de cuatro mil habitantes perdido en el desierto. Tiene una avenida de seis calles, "drug store", asociación de box, un puñado de casas y la bailanta Marielita. Pienso que el lugar tiene el aspecto de una chica púber: los edificios son chatos, poco amigables y circula por allí, entre los álamos y los neumáticos apilados al costado de la ruta, cierto aire de indolencia infantil un poco amenazante. Alguien ha improvisado un toldo con cuatro palos de escoba y un mantel junto a la banquina. En uno de aquellos soportes, sujeto apenas por un piolín sobre la calle de tierra, cuelga un letrero de latón donde una mano ha escrito con brea "Gomería Nicolino".

"Debería de buscar un hotel o algo que se le parezca", pienso. Por desgracia, no llevo dinero ni equipaje. El dependiente de la gomería me sugiere que pregunte por una habitación en el café de la asociación de boxeo.

El edificio ocupa un cuarto de manzana y está pintado de celeste. Una escalinata de Portland lleva hasta la puerta de entrada. En el segundo escalón, una chica lee sentada con un perro entre las piernas. Apenas me dirige la mirada cuando paso junto a ella. Una vez dentro del bar elijo una mesa y me dispongo a ordenar mis posibilidades: "Acá no deben de saber ni lo que es un cajero automático", pienso. Cuando era niño llegué a pensar que me habían inyectado aquel costado vil junto con la vacuna antivariólica. Ahora creo que uno lleva estas cosas consigo del mismo modo que se tiene un riñón. Nadie ha visto nunca su propio riñón, pero sabe que está allí con las ganas de mear después de la cerveza. Pensando en la sed me acomodo en una silla junto a la ventana. Detrás del mostrador un tipo de aspecto aindiado ignora mi presencia. Espero encontrar una foto de Maradona pegada a la pared junto a una estampita de la Difunta Correa, o una comitiva de moscas revoloteando por allí, sobre los sándwiches de miga. Este establecimiento, en cambio, es un sitio limpio y bien iluminado.

El que atiende parece ser un boxeador de peso pesado. Por ese motivo, en lugar de preguntar por un cajero desde el rincón donde se ubica mi mesa, me levanto y voy hasta el mostrador. El hombre está lustrando unos vasos con una rejilla, y el ambiente huele a cuero y a lavandina. A unos quince metros de la barra se encuentra el ring side, ahora vacío, y a su alrededor, en desorden, alguien ha dispuesto pesas, potros de gimnasia y colchonetas. El indio Sinchicay —tal es el nombre del propietario del bar— dice “mande” sin levantar la vista de sus quehaceres. Voy a hacer mi pregunta, pero entonces entra la chica que ha estado leyendo sentada en el escalón, y me interrumpo.

—Tome, don Sinchy —dice dejando un libro azul y blanco sobre el mostrador—. No me gustó.

Recién entonces Sinchicay levanta la vista y me apresuro a hacer mi consulta:

—¿Sabe dónde puedo encontrar un cajero automático?

La chica no deja de mirarme. Sinchicay, en cambio, no se da por aludido. Después de unos segundos, sin decir nada, señala hacia la izquierda con el dedo pulgar y se toma unos instantes, antes de responder:

—En aquella esquina hay un banco. Atienden de nueve a tres de la tarde. Vuelvo a mi sitio humillado, sin saber por qué. El libro azul y blanco es un ejemplar de El frasquito. Estoy pensando en ello cuando la chica se sienta a mi mesa.

—¿Viene a visitar a alguien?

Le doy unos quince años. Tiene la frente ancha. Las cejas están demasiado juntas y el óvalo del rostro es muy alargado, casi equino. Lleva pantalones cortos amarillos y zoquetes blancos. Tanto ella como su ropa huelen a jabón en polvo. En la palma de la mano, hace sonar unas moneditas con un ritmo muy alegre. Después me mira de reojo, esperando una respuesta.

—No —digo—. Llegué por accidente, pero me voy a quedar unos días.

—Ah. —Ella gira la cabeza en dirección al mostrador y dice—: Va a necesitar una pieza, Sinchy. ¿Mandémoslo a la pensión?

II

Algún bar en La Dormida, entonces, a 79 kilómetros de Mendoza. No es fácil retomar el hilo de los acontecimientos y explicar por qué estoy acá, sin dinero ni equipaje, en un pueblo perdido en el desierto.

Todo empezó hace quince años. Luis Herder, Julia y yo festejábamos nuestra promoción. Esa mañana habíamos rendido la última materia. Herder tenía planeado ir con una beca a Barcelona. Julia y yo, en cambio, nos prometimos ese día y nos casamos a fines del 86. No tuvimos buenos empleos. Yo enseñé en uno o dos liceos, Clara dio clases particulares de historia a los adolescentes del perito mercantil. No sé cuándo empezamos a sentir que nuestra mejor época ya era un asunto del pasado.

Todavía puedo verla, como en aquellos años: Julia muerde una galleta de agua y dice que antes ella veía el futuro, no era como si lo adivinara, no –yo era un tonto–, lo "veía" nomás, así de lejos, con cosas adentro; pero ahora ya no lo podía ver más, y por eso tampoco quería ir. "No quiero viajar al futuro", decía. Y ¿cómo estábamos? ¿Mal? Pero sobre todo ¿qué era estar bien? Amanecer en Mendoza o despertar en Madrid, llevar los huesos al borde de algo que pudiera funcionar como salida: un arma, un viaje o la vagina de una mujer. Herder se mudó a Madrid en el 99, Julia lo siguió en el 2000. En el 2001 perdí todo lo que tenía, hasta la posibilidad de ir a buscarla, de comprar un piso pequeño en Buenos Aires, de tener, como ella quería, hijos, una vida, compromiso. Ni el viaje, ni la vagina, ni siquiera la pistola. En lugar de eso tomé un bus a Cualquier Parte, sin dinero ni equipaje y me dispuse a vejetar en un pueblo perdido en el desierto. La vida siempre ha sido estúpida, sobre todo si se trata de los demás: la mía es una vida ajena.

III

Sinchicay nació en Bolivia, en La Paz, que lo expulsó de su costado conservador como una mota de pus drena de un grano. Estuvo en Ecuador, en Perú, en Chile. Durante un tiempo vivió del contrabando hormiga de marihuana y medias de nylon entre Mendoza y Santiago. No explica cómo llegó al desierto, no explica nada, Sinchicay. La chica del perro entre las piernas me cuenta a medias la historia, mientras deja una frazada en la cama de una pieza miserable. Hotel Montevideo; doce habitaciones, baño compartido, agua caliente. El cuarto es de tres por tres. Un ropero de pino tapa a medias la ventana. En la pared de enfrente el sol de las dos de la tarde trepa por el zócalo hasta la cama de hierro y una de dos mesas de noche. En el estante de los zapatos hay una escupidera. Un vaso de agua sobre la tabla de pino, un libro que me parece familiar. Voy a tener un compañero. La escupidera no es eso, funciona como maceta de un malvón descolorido. La colcha de la cama contigua tiene remiendos y está limpia. Las paredes están plagadas de clavos, pero no hay cuadros ni estampitas ni fotos de Gardel, solo un espejo junto a la ventana semi condenada. Un retrato de Nicolino Loche se revela debajo del vidrio de la mesa de noche. Es la misma mesa de la escupidera.

–¿Quién duerme acá?

–Sinchicay –dice la chica, y se va.

Así que boliviano y compañero de pieza. Mi costado vil se mira al espejo y tal vez se cree superior o tal vez no. Me siento en la cama con la cabeza

entre las manos. Huele a creolina, a jabón blanco, a espiral para los mosquitos. No tengo que irme de esta pieza; hay algo amigable en el hotel Montevideo. No es la habitación ni la foto de Nicolino. La escupudera, tal vez, con su ridículo malvón sobreviviente a décadas de orín y flema en el desierto, las hojitas verdes asomadas a la loza descascarada, al óxido. Todo se ve rojo en el desierto, todo parece perseverar en su existencia, las matas de pasto seco, la montaña en el horizonte, una colonia de hormigas y su marcha militar por el surco de las baldosas. Me gusta: la maceta improvisada, las hormigas, la habitación, la soledad absoluta detrás de la ventana y el silencio donde sobreviven el malvón y las cosas apagadas de la pieza.

p

Capítulo 6 Una vieja se orinó en la esquina porque le robaron la billetera. Era una pobre vieja, es cierto, un poco loca además; pero no había un alma por ahí—entre todos los que estábamos mirando— que sintiera algo más que sano morbo urbano. El dueño del bar no le trajo una silla, el policía que debía auxiliarla la maltrató. Y la vieja se fue en un hilito de pis, desolado y nervioso, que no llegó al cordón de la vereda. En un hilito silencioso de pis, a alguna parte.